

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

75. “¡ES NECESARIO DESTRUIRLA!”



DE SÚBITO me pareció que la atmósfera se solidificaba entre ambos, como helada gelatina que me entumecía los músculos y me atrofiaba las ideas. Cual un autómata, abandoné mi asiento y me acerqué al barón.

Algo espantable, inaudito, se fue filtrando a través de la costra de estupor que me enturbiaba el juicio. Un fragmento del proscrito volumen de Von Juntz surgió en el lado interno de mis ojos, grabado en letras llameantes:

“...En ocasiones, los negros Poderes sólo pueden extinguirse por obra del sacrificio de una sangre impoluta, que es cual ácido corrosivo para las blasfemas entidades; y así, únicamente mediante la inmolación de una víctima propiciatoria...”

—¡No! —exclamé—. ¡No voy a permitir un crimen semejante, barón Bathory!

El me observó, con la frente fruncida.

—¿Crimen?

—¡No le permitiré jamás que la utilice! ¿Me oye? ¡Ni por el bien de un millón de humanidades! ¡Verna no va a ir al sacrificio! ¡Ella es...! —y me faltó la voz para seguir.

Las manos del gentilhomme hicieron firme presa en mis brazos. Había una carga de sereno dominio en su mirar; cuando habló, me convencí de inmediato de que no hallaría argumentos para contradecirlo.

—Se lo ruego, Héctor: escúcheme. Y sin exaltarse.

SUSPIRÉ.

—Lamento haber gritado así —dije.

—¡No necesita disculparse! Su actitud es bien comprensible... Mucho más lamento yo lo que me veo obligado a decirle, créame usted. ¡Interpretó todo mal, amigo mío! Yo jamás abrigué la intención de proponer sacrificio alguno.

—Pero el libro de Von Juntz dice...

—¡Ah! ¡Desde luego!... Usted pensó en el versículo 373... La sangre de una víctima pura... —se le nublaron los ojos y bajó la cabeza. Luego volvió a mirarme directamente a la cara—. *¡Es que aquí no existe ninguna víctima pura, pobre amigo mío!*

Palidecí. ¡Su voz contenía un elemento tan perturbador!...

—Será mejor que vuelva a sentarse —me indicó el barón, viendo que vacilaba sobre mis piernas.

Desde el diván en que me dejé caer, alcé la vista para encararlo. Tan sólo la velada luz de la lámpara con pantalla verde iluminaba la biblioteca, donde nos hallábamos conversando. Los rasgos del aristócrata quedaban inmersos en la semipenumbra, pero el fulgor de sus verdes pupilas continuaba magnetizándome.

—No me complace en absoluto verme forzado a dispararle esta revelación con tal... brutalidad —me dijo—, pero en verdad estamos urgidos, créame. ¡Casi no disponemos de tiempo!... Ellos pueden asestar el golpe definitivo en cualquier momento, a menos que se les impida. ¡Y la única manera de hacerlo es destruir a su *enlace*..., el ser que mantiene abierto para Ellos el Acceso a nuestro plano espaciotemporal!

Como si una avalancha de vejez se hubiese abatido de un golpe sobre mí, el mero hecho de separar los labios me costaba una enormidad, pero finalmente conseguí balbucir:

—¿Habla de... ella?

—Por desgracia, sí.

INTENTÉ decirle algo, protestar, pero lo hallé imposible. Muy en lo recóndito de mi ser, sin que pudiese explicarme la razón, sabía que el barón acabaría por derrotarme. Alguna oscura intuición, retorcida como raíz abominable, se entretejía con las fibras de mi yo más íntimo, para susurrarme obscenas sugerencias.

—¿Cómo... lo sabe? —musité apenas.

—Usted ha llegado a conocerla bien, amigo. Su belleza..., ¿no le parece *sobrehumana*? ¿Se ha fijado en el modo que tiene de deslizarse por las estancias, como un ser liberado de las limitaciones de la materia común? ¿Y sus ojos? ¿Qué ha visto en lo hondo de esa mirada? ¿Qué tenebrosas promesas trascienden la luz de sus pupilas?

Callé.

—Sé que inclusive ustedes han tenido... intimidad —siguió él barón Bathory, con delicadeza—. Bucee dentro de sí mismo, amigo mío, y procure ser sincero: ¿qué clase de ser se entregó a usted..., o bien lo cautivó? ¿Puede encontrar comparación, siquiera aproximada, con alguna otra de las experiencias de su vida entera? ¡Busque la respuesta en lo más profundo de su alma..., y entonces sentirá pavor, mi pobre amigo!

Traté de hacer como él decía. Me sumergí en la médula de mí mismo, hasta donde honradamente podía llegar, y me vi rodeado por un légamo de oscuridad y temores densamente velados, en cuyo seno reposaban secretos que ignoraba totalmente... Cuando me volví al barón, sentía que una miríada de inclementes katanas de samurai se cebaban en mí, aniquilando hasta el último vestigio de mi ser.

Dije, roncamente:

—*Es necesario destruirla.*

(Continúa)

SIGUE: "VÁSTAGOS DE ABOMINACIÓN" : ¡LA REAL NATURALEZA DE VERNA NADASY PUESTA AL DESNUDO!... ¡LA ENGAÑOSA CÁSCARA DE SUBYUGANTE HERMOSURA REVISTIENDO A UNA CRIATURA SURGIDA DE LAS TENEBROSAS SIMAS DE LO DESCONOCIDO!... ¡HORRIPILANTES REVELACIONES, QUE SUMEN A POLETTI EN UNA MAREJADA DE TERROR Y DESESPERACIÓN INENARRABLES! ¡UN CAPÍTULO QUE PONDRÁ A PRUEBA SUS NERVIOS... Y LE COSTARÁ OLVIDAR!... ¡LEÁLO PRÓXIMAMENTE..., BAJO EL RECONFORTANTE SOL DEL MEDIODÍA!

ALGO SOBRE EL AUTOR

Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com